

Entrevista con José Luis Martínez (1988)

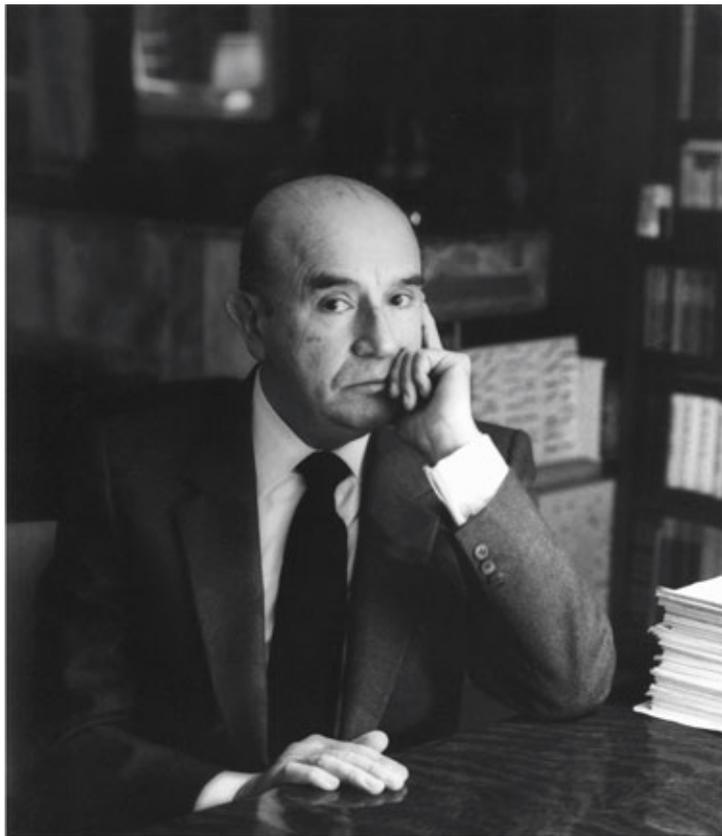
Protagonista de la crítica literaria

Emmanuel Carballo

A principios de los años cincuenta era frecuente escuchar entre los escritores jóvenes que José Luis Martínez estaba a punto de graduarse de Alfonso Reyes, en ese momento el pontífice de las letras patrias. Además del reconocimiento del papel que don Alfonso cumplía entre nosotros, esta suposición no era del todo inexacta. En lo fundamental, sin embargo, Reyes y Martínez no son miembros de la misma familia. Don Alfonso fue un escritor portentoso, innovador; José Luis ha sido un investigador admirable y admirado. Si estas son las diferencias, las simpatías entre ambos revelan cualidades del maestro puestas en práctica por el discípulo. Cito algunas: el amor a las letras entendidas como una ocupación fatal y desinteresada. El apego a nuestra tradición y el apego asimismo a las grandes tradiciones universales. El amor al trabajo intelectual, visto como un oficio culto sujeto a reglas. En otras palabras, Reyes enseñó a Martínez a dejar de lado cualquier provincianismo, a entender correctamente la idea de “país” y a sentirse dichoso de que su vocación más esmerada fuera la universalidad.

Sin que se haya propuesto como meta, José Luis ha venido cumpliendo su carrera literaria de modo paralelo a como llegó a la suya el polígrafo jalisciense José María Vigil, nacido en 1829 y muerto en 1909, a los 80 años. La poesía, para ambos, fue “flor de juventud”, como decía Carlos González Peña al referirse a la obra de Vigil. Vigil y Martínez compusieron, en su primera juventud, sendas antologías de letras mexicanas. Don José María de los siglos XVI al XIX y José Luis de las mo-

dernas, es decir, un poco mayores que él y de su propia edad. Otra coincidencia: en 1874 Vigil dio a conocer su *Nezahualcóyotl, el rey poeta*; en 1972 Martínez publicó *Nezahualcóyotl. Vida y obra*, que reúne los textos del monarca de Texcoco tanto en verso como en prosa. Otra aproximación entre ambos: en 1872 Vigil inserta en *El Eco de Ambos Mundos* “Algunas observaciones sobre la literatura nacional”, que amplía y perfecciona en 1876. Se trata de uno de los primeros textos teóricos que fija el carácter de nuestras letras. En 1948 Martínez se atreve a poner al alcance de los estudiosos, tanto amigos como enemigos, *Situación de la literatura mexicana contemporánea*, panorama justo y explosivo. Una última correspondencia: Vigil ingresó a la Academia de la Lengua el 29 de mayo de 1881 y fue el primer ocupante de la silla número quince. De 1894 a 1909, año de su fallecimiento, fue director de la Academia, en la cual figuró también como bibliotecario; Martínez entró a la Academia en 1958 y desde 1960 es propietario de la silla número tres, que inaugurara Joaquín García Icazbalceta. El año de 1980 los académicos lo nombraron director de este cuerpo que vigila “la salud de nuestras letras”. José María Vigil y José Luis Martínez son escritores de la misma familia. Rodeados de libros por los cuatro puntos cardinales. Don José María dedicó sus laboriosos 80 años a la apreciación lúcida de textos escritos en dos lenguas, la española y la mexicana. José Luis ha consagrado 70 esforzados años en llevar a la práctica las ideas que sobre la crítica y la historia literaria tenía Ignacio Manuel Altamirano. Esto no quiere



José Luis Martínez

decir, por supuesto, que lo repita, sino que adapta sus proposiciones a los nuevos tiempos que ahora vivimos.

El José Luis Martínez que más admiro, que leo y releo es aquel que desde los años cuarenta ha venido levantando una obra maciza y necesaria, de la cual destaco, en calidad de ejemplo, sus libros *Literatura mexicana, siglo veinte*, publicado en 49-50; *La emancipación literaria de México*, 1955 (un año clave en la vida literaria de Martínez); *Problemas literarios*, de 1955, *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, también de 1955. Sus prólogos admirables a cuatro tomos de las *Obras completas* de Justo Sierra; los prólogos justos y novedosos a *La literatura nacional* de Ignacio Manuel Altamirano y a la *Obra* de Ramón López Velarde. Incluiría también en esta lista, y como ejemplo, *México en busca de su expresión*: panorama de nuestras letras que recoge Daniel Cosío Villegas en su *Historia general de México*, textos hechos con ciencia y paciencia. Frutos de una investigación y de un análisis largo y juicioso han llegado y, muchos de ellos, sobrepasado la mayoría de edad y no resienten el paso del tiempo. El lector los lee, los consulta, les exige datos y juicios y los libros no se dan por vencidos. Cumplen una vez más la finalidad para la cual fueron hechos: servir. Este es a grandes rasgos el José Luis Martínez historiador y crítico literario, uno de los más eficaces y significativos de los analistas mexicanos de nuestro tiempo: José Luis Martínez, mi maestro.

Si examinamos la generación a la que pertenece José Luis hay que referirse primero a su promoción (el grupo más pequeño), en el cual figura en primer término

Alí Chumacero, ese hereditario nacido en Nayarit, Leopoldo Zea y Jorge González Durán, jalisciense como Martínez. La generación de José Luis, después del Ateneo de la Juventud y Contemporáneos, es la más rica, trascendente y la que domina actualmente el panorama literario nacional. En ella figura Octavio Paz, el poeta vivo más importante de México.

Al hablar de José Luis es necesario referirse a la prosa del siglo xx. Tres de los grandes narradores mexicanos de ese siglo son amigos y miembros de su generación: José Revueltas, Juan José Arreola y Juan Rulfo. También en esa generación figura otro amigo suyo: Francisco Peláez, conocido en las letras con el seudónimo de Francisco Tario. Entre los críticos literarios brilla con luz propia el propio Martínez, el mejor y más trascendente de su momento (los años cuarenta y cincuenta) y uno de los maestros de la crítica que hoy se ejerce en el país. Entre los dramaturgos figura Rafael Solana y entre los pintores Juan Soriano y Ricardo Martínez. Esta es su generación y con ella da sus primeros pasos. Pronto el grupo de *Tierra Nueva* y el de *Taller* se unen y se les conoce como la generación de Taller, la revista de Octavio Paz.

—Mi primera pregunta es esta, ¿cómo ves a cuarenta y tantos años de distancia la generación que comienza a publicar sus textos en la revista *Tierra Nueva*?

—En los cuarenta íbamos a la Facultad de Filosofía la mayor parte del grupo, aunque, claro, no los pintores. Y allí comenzó a gestarse la idea de escribir y hacer una revista. Creo que el de la idea fue Jorge González



Emmanuel Carballo en su biblioteca

Durán y entonces, en aquella Universidad Nacional de México, pequeña y fácil, casi todo era realizable sin ningún problema. Fuimos a platicar con el secretario general, le dijimos qué queríamos y nos dijo: “Vayan a ver al director de la Imprenta Universitaria: díganle que les haga la revista”. Nos entrevistamos con Francisco Monterde, él estuvo de acuerdo y nos pidió que lleváramos nuestros textos. Así comenzamos. No nos restringimos felizmente a llevarle solo las cuartillas sino que quisimos aprender a hacer la revista, y nos dedicamos sobre todo Alí Chumacero y yo a aprender el arte tipográfico en todos sus pasos. Empezamos por los linotipistas, los formadores, los prensistas, los correctores, y también fuimos aprendiendo poco a poco los nombres de cada cosa. Nos hicimos muy amigos de Julio Prieto que era el diseñador de la pequeña Imprenta Universitaria, de Antonio Acevedo Escobedo, que era el corrector y de don Alfredo Maillfert. Como pasos previos acudimos a ver a don Alfonso Reyes, que era en ese momento el patriarca de las letras recién llegado de sus embajadas sudamericanas; nos recibió en una pequeña oficina de la calle Madero, donde organizaba La Casa de España en México; le dijimos que queríamos una colaboración suya y que le pusiera nombre a la revista. Hizo las dos cosas, sugirió el nombre *Tierra Nueva*, nos dio su colaboración y comenzamos desde entonces una amistad que duraría hasta la muerte de nuestro muy querido don Alfonso. Y gracias a la revista se nos fue abriendo camino y nos permitió el conocimiento de muchas personas. Así conocí a Octavio Paz que desde aquellos años tenía la marca de su enorme talento. Recuerdo que solíamos caminar después de reunirnos en el Café París, al lado de la Alameda. A Octavio le bastaba una pequeña nu-

be, una luz de la tarde en las frondas, para decir palabras tan hermosas como las que después ponía en sus poemas. Por aquellos años, me viene ahora a la memoria, “íbamos a marchar, porque estábamos en guerra”.

—¿Cómo fue eso?

—Íbamos a Chapultepec muy temprano a aprender a marchar. Estábamos juntos en la fila. Octavio se distraía, comenzábamos a hablar de la luz de la mañana, de los árboles y perdía la alineación. El cabo lo reprendía con un grito. Y al fin Octavio me dijo: “Quizá me fusilen pero yo no vuelvo a esto”, y no volvió a marchar. Nos dieron unos uniformes muy feos, rifles de madera y desfilaron un 16 de septiembre, recuerdo.

—Ernesto Flores rememoraba en su lúcido y breve estudio sobre *Tierra Nueva* que fue una revista de poetas, de poetas elegíacos, de poetas que no habían sufrido el dolor físicamente, pero sí mentalmente y que vivían con la carga pesada de él encima. ¿Cómo juzgas, José Luis, cuatro décadas después, *Tierra Nueva*?

—Parece, pienso yo, una revista de poetas, una revista de críticos literarios. Hay poca prosa narrativa y los mejores textos son poemas, tanto de jóvenes como de jóvenes abuelos, de Enrique González Martínez, de Alfonso Reyes, de los españoles que llegaron desterrados a México al perder la Guerra Civil, y que tanto hicieron en todos los campos: en las universidades, en las letras, en la industria editorial. Pienso ahora en Enrique Díez-Canedo, que quizá fue uno de los primeros críticos de su generación por la medida, la ecuanimidad, la sabiduría y la justeza en los juicios, uno de tus primeros modelos de lo que debe ser el crítico literario.

—Además de don Enrique, dame tu impresión actual sobre *Tierra Nueva*: qué significó en las letras mexicanas

de ese momento y, ya a toro pasado, cómo la juzgas ahora, qué significó y significa en la literatura mexicana transcurridos casi 50 años.

—Sí, es cierto que fueron importantes los poetas en esta revista, sobre todo Alí Chumacero, aunque también recibimos la colaboración de Octavio Paz que publicó uno de sus libros con nosotros, y teníamos colaboraciones de otras figuras. Creo que la crítica fue importante y todos las practicábamos. La trabajaba mucho Alí, Jorge, yo también y otras personas. Las colaboraciones que recibimos de narradores, sobre todo de amigos que no pertenecían al grupo, eran escasas. Pepe Revueltas en primer lugar. En *Tierra Nueva* existieron las dos ramas: la rama poética y la rama crítica. El tipo de apreciaciones que hacíamos de los libros recientes y los remotos nos dio un carácter muy peculiar. No éramos agresivos, no queríamos acabar con las generaciones precedentes.

—No fueron parricidas.

—¡Qué va, queríamos mucho a nuestros mayores! En este momento quisiera recordar nuevamente y rendir homenaje a otro gran jalisciense, don Enrique González Martínez, de quien fuimos muy amigos. Él nos llevaba muchísimos años. Alguna vez, con uno de mis hijos, viajábamos en automóvil con un muchacho que resultó bisnieto de don Enrique. Y le dije: “Yo fui muy amigo de tu bisabuelo” y me vio como si viera a Matusalén. Éramos amigos: él era muy muchachero, un hombre encantador. Nos reuníamos en unas comidas los sábados, con Torri, a veces venía don Alfonso Reyes y González Martínez nunca faltaba. Los del grupo joven éramos Jaime García Terrés, Joaquín Díez-Canedo y yo. Don Enrique llegaba primero, y nos reclamaba: “Cómo se han tardado, ya me he tomado dos copas y ustedes no aparecían”. Y disfrutaba mucho, comía de todo, y veía a las muchachas con ojos alegres. Torri también.

—José Luis, ahora que estás a punto de llegar al momento de las obras completas, si un editor te dijese el día de hoy que deberías recoger tus notas críticas a partir de *Tierra Nueva*, lo que publicaste posteriormente en *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, el suplemento de *Novedades*, hasta llegar al último número del suplemento de *La Jornada*, ¿recogerías las primeras? ¿Ya eras entonces un crítico hecho y derecho o estabas a punto de serlo?

—No, en absoluto. Yo he contribuido a armar algunas obras completas, pero ahora que me haces esta pregunta y que veo la amenaza cayendo sobre mí, preferiría que no se publicaran, como no publicaría muchas otras cosas. Tengo cajones llenos de escritos “muy elaborados”. Como, por ejemplo, cuando comencé a estudiar historia. Decidí primero hacer una revisión a fondo de cada historiador en cada obra importante; hice monografías muy amplias de cada una de nuestras figuras del siglo XVI. Después de lecturas cuidadosas, de anotar

todos los aspectos, de ver todos los juicios críticos, escribí más de mil páginas. Ese material acaso sea útil como información. Para publicarlo tendría que revisarlo y ponerlo al día. En este asunto hay que ser cuidadoso con respecto a las obras iniciales. De Torri se está publicando cuanto papel escribió, él que quiso la parquedad, la sobriedad, y dar solo la obra en su última elaboración. Así que no soy muy partidario de las compilaciones exhaustivas, a las que he contribuido y creo que estoy contribuyendo. Ahora, justamente, tengo el encargo, y estoy trabajando en eso, de terminar las *Obras completas* de Alfonso Reyes.

—¿Estás cumpliendo en esas *Obras completas* lo que tú quieres para ti, no editar las cosas de don Alfonso que no sean excelentes?

—Voy a organizar cinco tomos: ensayos breves, ficciones, memorias, Mallarmé y estudios goethianos; voy a dar solo lo que don Alfonso consideró valioso y a listar lo demás. Por ejemplo, de los materiales que publicó don Alfonso en la serie que llamó *Archivos* solo voy a aprovechar una pequeña parte, no los trabajos diplomáticos que son simplemente informes.

—Al hablar del *Archivo* de don Alfonso recuerdo dos cartas y algunos sonetos perfectos cruzados entre Reyes y González Martínez.

—Claro, estos textos sí se incluirán.

—Otro tema que quizá se podría incorporar sería una selección de cartas (de ida y vuelta) de don Alfonso con los principales escritores de aquí, allá, de todos los países. Basta de esos “epistolarios” que refieren cosas intrascendentes, de cortesía enviadas solo para salir del paso.

—De los epistolarios de Alfonso Reyes yo he comenzado a editar las cartas cruzadas con Pedro Henríquez Ureña. Di un tomo de 600 páginas, solo del periodo de 1908-1914. El segundo va a ser otro tomo, y cuando lo haga, si lo hago, comprenderá el periodo 1914-1924; el último del 24 hasta la muerte de don Pedro. Además se han publicado las cartas con Vasconcelos, con Torri; Serge I. Zaitzeff, que vive en Calgary, Canadá, se ocupa de recoger de los grandes basureros literarios las obras que hemos dejado olvidadas.

—José Luis, ¿cómo podrías definir tu crítica literaria aparecida en *Tierra Nueva*?

—Es una crítica impresionista de un lector que está aprendiendo a ser lector y está aprendiendo también a ser crítico. En esos días empezaba a leer las teorías sobre la crítica y a los grandes teóricos de la crítica; pienso en Sainte-Beuve, en Thibaudet, en los críticos ingleses. Me gustaba mucho entonces la crítica de Henry James, siempre tan inteligente.

—¿Qué les recomendarías a los poetas que hacen crítica literaria y que no llegan todavía a los 30 años?

—Bueno, primero que se ocupen de los libros importantes. En general hay una tendencia a ocuparse de

libros insustanciales, de los libros de los amigos y, en cambio, se dejan a un lado obras de gran trascendencia. Voy a mencionar unos cuantos hechos: por ejemplo, un señor en México traduce a Homero, por primera vez completo: nadie lo menciona. Se descubre una versión mayor que la conocida del *Lienzo de Tlaxcala*; en lugar de las ochenta y tantas láminas hay ciento cincuenta y tantas: nadie escribe sobre esto. Un profesor norteamericano, Bierhorst, hizo la primera traducción completa de náhuatl de los *Cantares mexicanos*, nada. Su interpretación es tendenciosa y muy discutible, pero importante. No ha habido un solo estudio en las revistas comunes y corrientes, salvo en las especializadas como los *Estudios de Cultura Náhuatl*. De todas estas cosas, de esfuerzos a veces importantes, enormes, como la aparición de la *Biblioteca mexicana* de Eguiara y Eguren que se ha iniciado, no se mencionan. Pero de los libros pequeños, de cuentitos, de versitos, aparecen largas, complicadas exposiciones. De todas maneras ahora hay un grupo nuevo de críticos inteligentes; pienso en algunos de estos jóvenes que escriben en *Vuelta*, en *Nexos* y en *La Gaceta* del Fondo, inteligentes y con una excelente preparación.

—Una revista que tú diriges y también algún miembro de tu generación, *Letras de México*, fue la mejor publicación de los años cuarenta que seguía puntualmente el desarrollo de nuestras letras, de nuestra cultura. Fundada por Octavio G. Barreda, colaboraste en ella, hiciste parte (la primera) de tu aprendizaje como crítico, ensayista y mente rectora del pensamiento literario mexicano. ¿Qué me cuentas de ella, por dentro y por fuera?

—Fue una revista realmente útil, quincenal, en forma de gaceta, de medio periódico. Barreda tuvo la inteligencia de ponerla cada vez más en manos de los grupos jóvenes que destacaban, que tenían cierta congruencia y laboriosidad. Con el tiempo se las soltó completamente. Yo fui, me acuerdo, uno de los directores en ciertos años. Íbamos a la imprenta, con los materiales y teníamos que ocuparnos sobre todo de la composición tipográfica y la corrección. Además en ella se publicaban bibliografías y necrologías de escritores, con sus respectivas bibliografías. Se incluían artículos importantes de fondo, poemas, cuentos, pero sobre todo crítica. Fue una revista en este aspecto muy valiosa.

—¿Tú influiste en Octavio Barreda o Barreda influyó en ti sobre la manera de orientar la revista, de sacarla adelante, de publicarla cada quince días?

—Barreda cuidaba solamente los aspectos, digamos, materiales y la marcha de la revista, en lo demás nos dejaba absoluta libertad. Barreda fue un hombre encantador que continuamente estaba haciendo bromas, diciendo barbaridades de la gente, de lo más pesadas a veces, pero siempre ingeniosas. Tenía mucho humor, simpatía y generosidad.

—Después de *Letras de México*, que es una revista eminentemente crítica, que publica como *Tierra Nueva* crítica y poesía y poca prosa narrativa, aparece una revista que le da también interés a las traducciones y al teatro, a la pintura, a la creación pictórica, a divulgar una nueva generación de pintores mexicanos posterior a la Escuela Mexicana de Pintura. Me refiero a *El Hijo Pródigo*. Háblame de ella.

—*El Hijo Pródigo* quiso ser una revista literaria profesional.

—¿Cuál pudo ser el modelo de *El Hijo Pródigo*?

—Te respondo con una pregunta. ¿A cuál se parece ahora? ¿O a cuál se parecía entonces?

—¿Tendría algo que ver, José Luis, con *Vuelta*?; en algunos sentidos seguía la tradición y en otros ejercía la ruptura.

—*El Hijo Pródigo*, Emmanuel, tenía una intención flexible y amplia. El principal objetivo fue la producción propia mexicana. Recogía pocos textos externos; de vez en cuando aparecía algún ensayo de Remy de Gourmont, de Huxley o de Caillois, pero lo principal era lo propio, la creación de escritores mexicanos. El modelo de nuestras revistas cambió muchísimo con *El Hijo Pródigo*. El mérito de las buenas revistas es que nos abren campo muy amplio en el pensamiento universal.

—José Luis, has dicho con cierta frecuencia que una de las cosas de las cuales debe huir un escritor es el adoctrinamiento, la estrechez en las miras. ¿No crees que *Vuelta*, en su militante posición ideológica, está haciendo exactamente lo contrario de lo que le pides a una revista, a un escritor?

—No, en absoluto. Yo soy muy partidario de *Vuelta* y de Octavio Paz, y creo que su revista es una posibilidad de apertura. Lo que ocurre es que el único camino que otros consideran viable es un camino muy estrecho, dogmático, el de cierta izquierda. En *Vuelta* se manifiesta un pensamiento crítico, pero hacia uno y hacia otros lados, y sobre todo una apertura a las ideas de los hombres más inteligentes de nuestro tiempo y a las cuestiones nacionales más importantes.

—Ya que hablas de Paz, ¿por qué no empezamos con él, unos pequeños retratos entre personales y literarios? ¿Quién fue Paz y quién es ahora poética y ensayísticamente?

—Octavio Paz ha sido y es uno de los grandes escritores de siempre. En la cultura tiene esa dimensión universal que inició don Alfonso. Octavio es nuestro mayor poeta, y como ensayista la brillantez y la amplitud de su registro son impresionantes, como lo han mostrado los tres tomos de la obra reciente *México en la obra de Octavio Paz*. El primer tomo está dedicado a la historia y la política, el segundo a la literatura y el tercero al arte. Y recogen exclusivamente sus visiones mexicanas.

—¿Hace ventitantos años Octavio era ya lo suficientemente talentoso para ahondar en lo que llegaría a ser la segunda mitad del siglo xx?

—Yo lo conocí por los años cuarenta y desde entonces quedé fascinado. Me di cuenta de inmediato de que estaba frente a una personalidad excepcional. Al mismo tiempo era una persona a la que entonces le iba mal materialmente, ganaba muy poco dinero, tenía un trabajo miserable. En el Banco de México contaba billetes viejos y atestiguaba su destrucción. De esa quema solo recibía unos cuantos pesos por su trabajo; también en su vida personal, durante esos mismos años, tuvo problemas muy serios.

—Pasemos a Chumacero. ¿En Alí se descubría que iba a ser el gran poeta hermético, el gran poeta de oficio depurado y sumamente laborioso, el poeta de unos cuantos temas, los temas fundamentales de los grandes líricos de todos los tiempos?

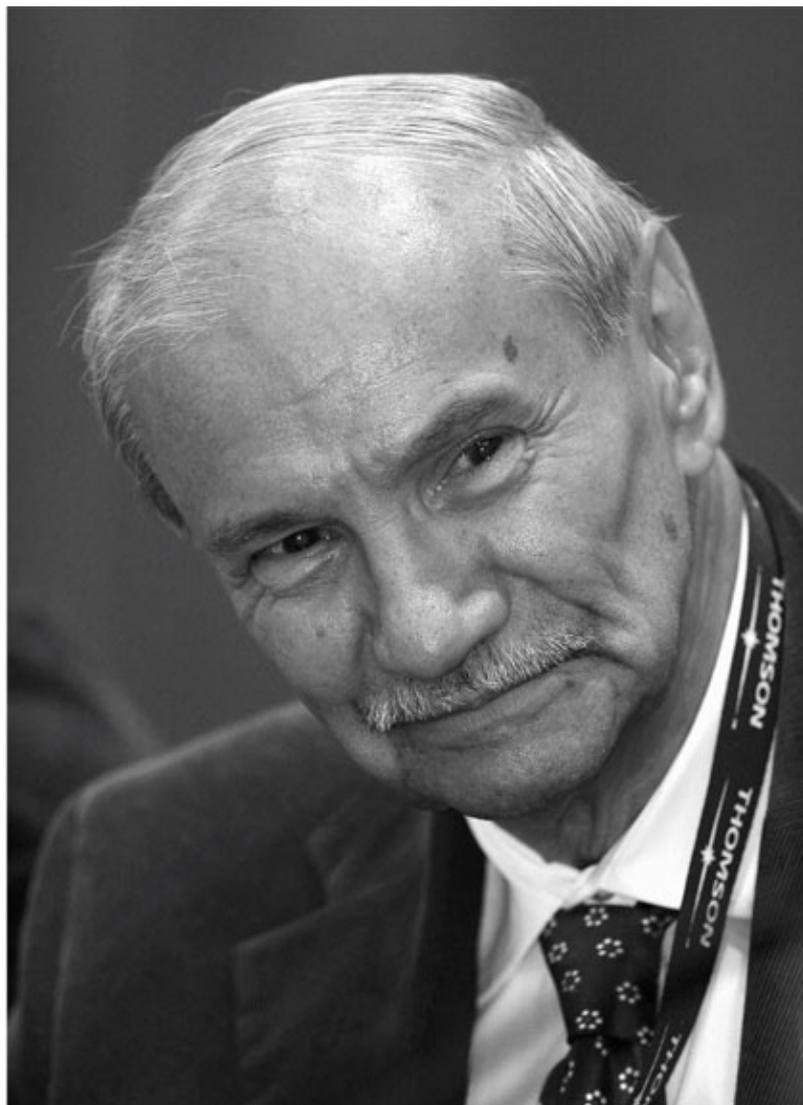
—En Alí existía una rara contradicción. Por una parte el “relajamiento” de excepcional simpatía. Era un gran conversador, dicharachero, generoso, dispuesto siempre a jugar; al mismo tiempo un hombre de letras de veras enterado y con buen juicio y un poeta de lucidez e intensidad únicas. Desde aquellos primeros años de secundaria que compartimos en Guadalajara, Alí tenía ya una buena biblioteca, acomodada en cajones de jabón, y todos sus libros los había forrado en papel de estraza y con títulos en tinta roja. Poseía las novelas de la Revolución, por ejemplo, literatura rusa y algunos de los clásicos. Tenía muy buen ojo para saber por dónde iban las cosas.

—Todos estamos de acuerdo en que Chumacero es uno de los mejores poetas de nuestros días. Es también uno de los más convincentes críticos de los últimos 30 o 40 años. ¿Cómo juzgas a Chumacero como crítico?

—Alí ha hecho una recopilación reciente, interesante, en el tomo llamado *Los momentos críticos*. Me gusta el comentario que hizo de su poema “Responso del Peregrino”, que es uno de los grandes poemas mexicanos. Está lleno de implicaciones bíblicas, recuerdos personales, premoniciones. Alí ha hecho ese comentario, o exposición en prosa, que apareció en *Vuelta* en un artículo de Marco Antonio Campos y que se publicó, después, por separado. En este hermoso texto va desentrañando el secreto de cada una de las estrofas de su poema.

—Vayamos de los poetas de tu generación a los hermanos mayores. Pienso en tres personas: Alfonso Reyes, Enrique González Martínez y Enrique Díez-Canedo, que fueron para ti modelos de lo que debía ser el escritor, de lo que tú querías ser cuando fueras grande, importante, serio.

—Así fue. González Martínez era un hombre, en contraste con su obra grave, lleno de jovialidad, de gracia y humor. No se le veía la seriedad que soportan los



mayores. Gustaba comer bien, beber bien y, si era posible, convivir con una muchacha. Alfonso Reyes, en cambio, practicaba ese sacrificio casi constantemente, esas renunciadas a ciertas cosas hermosas de la vida, para quedarse sentado día y noche escribiendo, que es la única manera como se producen las grandes obras.

—Se dice, José Luis, que tú de joven estudiabas para Alfonso Reyes, ¿hasta qué punto es una broma o hasta qué punto es una verdad?

—Pudo ser una consecuencia. Nunca quise imitarlo, pero el hecho es que acabé siguiendo muchos de sus pasos, aunque nunca fui un escritor total, como fue él, que todo lo convirtió en literatura, hasta sus experiencias médicas, su angustia por la política. Del relato de su mal cardíaco se conocía una pequeña versión, pero existe un texto mucho más amplio que describe el proceso y la angustia de su padecimiento. Enrique Díez-Canedo, aunque ya estaba enfermo cuando lo frecuté, era admirable por su sabiduría y su cultura manifestadas siempre mediante una voz suave y una sonrisa. Cuando alguna vez, conversando con Alfonso Reyes, llegábamos a algo que no sabíamos, don Alfonso decía: “Vamos a preguntarle esto a Enrique”, y él lo sabía.

—Y ahora, cuando no sabemos algo, decimos: debemos preguntarle a José Luis. José Luis Martínez lo sabe.

—Yo digo que lo sabré al día siguiente. Sé dónde averiguarlo casi todo.

—Pasemos al José Luis Martínez poeta. Los escasos poemas tuyos que conocemos, ¿te gustan o te disgustan?

—No tienen importancia. Afortunadamente me di cuenta a tiempo de que no servían, que no tenían peso, y no insistí en esa tecla.

—Tú que has escrito una antología sobre *El ensayo mexicano*, que has traducido a ensayistas de la antigüedad y la modernidad, ¿qué es para ti el ensayo y dentro de él cómo te consideras?

—Primero debo decir que me considero aún como un mal ensayista, porque no he hecho verdaderos ensayos. He hecho estudios más o menos razonables, exposiciones, pero no he hecho ensayos realmente importantes, ni siquiera buenos. Quizá los haga cuando tenga tiempo, cuando tenga menos agobio de tareas literarias por cumplir. Porque para poder escribir con destreza se necesita reposo, mucho reposo.

—Pasemos al crítico literario. ¿Te consideras buen crítico literario?

—Yo no soy nada entusiasta de mis propias cosas. Sin embargo, algunos de mis libros me disgustan menos. *El mundo antiguo* creo que es un libro útil. Es un libro necesario para la curiosidad, descubre muchas cosas, explica con claridad la tradición, la función de ciertas ideas, la importancia de los mitos. En sus tomos un curioso o un estudiante pueden averiguar quién fue y

qué escribió Aristóteles, quién fue Mahoma o qué es la Biblia, qué tiene dentro, cómo está hecha, quienes la hicieron, en qué lenguas, cuál es la Biblia de los católicos, cuál la de los judíos y los protestantes. Me costaron mucho trabajo, un constante esfuerzo para reducir a exposiciones claras un conjunto enorme de información. Este libro en seis tomos me disgusta menos que otros. Por lo demás siempre he trabajado concienzudamente en mis empresas, están bien hechas, son claras, pero sé que no son ni brillantes, ni luminosas, ni trascendentes.

—Creo que tu libro *Literatura mexicana del siglo XX* (dos tomos) nos hizo pensar, cuando lo publicaste, que era el borrador de una próxima obra definitiva sobre nuestras letras actuales.

—En su momento, 1949-1950, tuvo el interés de señalar una serie de divisiones, clasificaciones, descripciones de tendencias que hoy siguen siendo más o menos válidas: las separaciones por grupos, las relaciones entre ellos; esto fue útil, y aún lo siguen siendo, para juzgar la primera mitad de nuestro siglo. Me gustaría ponerla al día. Ponerla al día no es fácil, y menos añadir las letras de casi otro medio siglo.

—De allí parte la siguiente pregunta: ¿por qué no proseguiste esta tarea tan necesaria?

—Porque comenzó a interesarme mucho más la historia de nuestro siglo XVI. Desde el principio me puse, primero, a apropiarme de la información suficiente. El historiador tiene que conocer todas las informaciones acerca de la época casi de memoria porque no puede ignorar ciertos hechos. Fernando Benítez me contó que



cuando escribió *La ruta de Hernán Cortés*, que todos le celebramos, alguien le recordó que se había olvidado de la batalla de Otumba. No olvidar un solo dato requiere un esfuerzo casi sobrehumano.

—¿A qué se debe tu dedicación fundamental a los siglos XVI, XVII y XVIII?

—Principio por el XVI. Llegué a él gracias a Nezahualcōyotl; fui a sus orígenes históricos y al cúmulo de información que existe en las crónicas antiguas sobre el rey de Texcoco, y esto me permitió iniciarme en el conocimiento de esa época. Y me di cuenta de que nuestro siglo XVI es el origen de lo que somos, que allí nacen nuestros bienes y nuestros males, nuestros problemas, nuestras pequeñas fortunas. En él aparece el mundo mestizo que somos, la explicación del origen y de que el mundo presente que conocemos hoy sigue siendo el mismo del siglo XVI. Cuando me preguntan si después de todo el tiempo que he dedicado al estudio de Cortés estoy a favor o en contra de él, digo irritado no estoy a favor ni en contra, estoy a favor de comenzar a entenderlo, de comenzar a saber quién fue él. En mi libro intento conocerlo, exponerlo y explicarlo y que cada quien forme su opinión después, si lo cree necesario. En México pasó algo muy singular: Pepe Moreno Villa, un hombre muy agudo en su sencillez y elegancia, decía que a un español no se le ocurre ya seguir agravando contra los invasores moros. Es historia, es pasado. Pero aquí en México todo sigue vivo como si estuviera a la vuelta de la esquina y el agravio hubiera ocurrido ayer. Bueno, quizá todavía no es suficiente el tiempo para esta digestión histórica, pero hay que apresurarla. Para que la digestión sea completa es necesario que convivan los bienes y los males que trajo consigo la Conquista. De no hacerlo nuestra mirada no será correcta.

—José Luis, yo considero que eres una especie de Antonio Castro Leal al revés. Don Antonio escribió y escribió prólogos y prólogos y prólogos, y no recuerdo ninguno memorable. Cuando pienso que también has escrito muchos prólogos, encuentro cinco o seis excelentes. Pienso, por ejemplo, en un prólogo perfecto: yo no le quitaría ni le añadiría algo. Se podría seguir publicando por los siglos de los siglos. Pienso en *La literatura nacional*, de Altamirano; pienso en los cuatro prólogos que pusiste a otros tantos tomos de las *Obras completas* de Justo Sierra. Pienso también en 1949-1950, cuando se celebró el centenario de Acuña: tu prólogo a Acuña es un buen prólogo, y pienso en el de López Velarde que es casi inmejorable. ¿Cómo te consideras como prologuista?

—El de Acuña es bastante bueno; señalo el modo en que este hombre pequeño e infortunado logró ser poeta y decir ciertas cosas, sobre todo expresar la cursilería de los amores e ilusiones estudiantiles, la fijación por la madre lejana, a la que se refiere aquel verso absur-

do de “en medio de nosotros mi madre como un dios”. ¿A qué mujer le gustaría verse así acompañada? A Altamirano lo he honrado bastante; ahora he hecho una nueva edición de sus estudios, añadiendo a los temas literarios mexicanos los estudios sobre arte, y considerando también los estudios sobre temas de otras literaturas. Los estudios sobre Sierra son buenos en conjunto y están admitidos en mi libro sobre ese tema: *La expresión nacional*. Hice los prólogos de Sierra por necesidad. Ya estaban repartidos, uno a cada especialista, y estos comenzaron a fallar. Yáñez, que era el director de las obras completas, quería que el proyecto siguiera adelante, y entonces recurrió a mí.

—José Luis, pienso en las antologías que has preparado, *Poéticas mexicanas*, *El ensayo mexicano moderno*, *El mundo antiguo*, en las que indudablemente tienes preparadas, con sus papelitos y sus señales y que algún día próximo van a ser publicadas. ¿Te consideras buen antólogo? No eres ni ingenuo ni sutil, sino enjundioso y sabio.

—Algunas de estas antologías son buenas. Sobre todo la de *El mundo antiguo*, de la que ya hemos hablado.

—Ahora podemos pasar a otras actividades, que en cierto sentido están en los suburbios de la creación, la investigación, la historia y la crítica. Pienso, por ejemplo, en José Luis Martínez maestro, maestro en México, en El Salvador, en otras partes del mundo.

—Fue una época muy importante y me gustó mucho. Había muchachas bonitas, pero también inteligentes y sensibles. En la Facultad de Filosofía (UNAM) enseñaba crítica literaria, métodos de investigación, literatura del siglo XIX. Me gustaba hacerlo y fue aquella una época feliz. Después los deberes externos, las tareas públicas me alejaron de la Facultad. Alguna vez volví, ya en la Ciudad Universitaria, y no entendí aquel mundo un tanto abigarrado.

—Abandonaste la crítica literaria, la docencia universitaria; hay algo que no has abandonado de tus años de aprendizaje al día de hoy, la investigación. ¿Qué es y cómo debe ser un investigador en México, pensando en nuestras características como país, como pueblo?

—No me gusta ofrecer una fórmula, y menos decir que solo existe un sistema. Yo no sigo el sistema que llaman “fichar”, es decir, hacer una lectura para anotar fichas que se guardan en varias entradas, y que luego se utilizan según convenga al tema propuesto. Yo leo lentamente y voy anotando lo que surge de la lectura. Después comienzo por trazar una idea general de lo que quiero estudiar, hago un plan y comienzo con desarrollos progresivos que voy ampliando. Luego realizo lecturas básicas informativas, de las que hago anotaciones. Una vez que tengo todo esto, trato de ordenarlo y llenar huecos. Añado ahora un consejo muy importante: nunca citar de memoria y menos de segunda mano.

La manía de comprobar todo me ha dado el mejor resultado porque siempre encuentro nuevas cosas. Siempre encuentro en un escritor que me sirve de apoyo, de referencia, otros datos importantes. Y, por supuesto, nunca hay que transcribir algo a partir de otra transcripción. Y revisar y revisar y revisar, y de ser posible que lo vean otros ojos, porque si no uno mismo, después de un tiempo, ya no ve las repeticiones, las incongruencias. Limpiar las frases, evitar las imprecisiones de tipo formal y avanzar paso a paso.

—Cuando publicaste *Tierra Nueva* aprendiste junto con Alí Chumacero todos o casi todos los secretos de la tipografía. ¿Soñaste en ese tiempo que muchos años después ocuparías en el Fondo de Cultura Económica la silla de su fundador, Daniel Cosío Villegas?

—El hecho es que sí, siempre me gustó mucho esa tarea y cuando estuve en el Fondo me agradaba ayudar en todo lo posible, por ejemplo, a los traductores de los libros históricos. Y les pedía que nunca fueran a retraducir una cita escrita originalmente en español. Un libro de Keen redactado en inglés, *La imagen azteca*, me dio mucho trabajo. El traductor me pasaba listas de las

citas de las que había que encontrar los originales y yo me ocupaba en ello los fines de semana. Es ridículo, absolutamente, caer en las retraducciones. Y en las tareas propiamente tipográficas quiero recordar la sabiduría de Alí. Yo me quedé un poco atrasado, e ignoro los nuevos recursos de la impresión, que solo conozco en términos generales. Fue muy satisfactorio hacer libros en equipo. En el Fondo de Cultura hay personas como el maestro José C. Vázquez, como Alí, que trabajan por gusto y amor a los libros y con gran conocimiento del oficio. Por supuesto que, aparte de esto, existen también los problemas materiales, de recursos, de distribución, de comercio, que van enredando cada vez más a la editorial y van haciendo más difícil la continuidad de la tarea cultural. Eso es algo que me preocupa mucho: se nos angosta la posibilidad de hacer alta cultura.

—José Luis, ¿cómo empezaste a formar tu biblioteca que es una de las grandes bibliotecas no de México sino de la lengua española? ¿Heredaste libros?

—Heredé de mi padre solamente dos libros. La verdad es que yo la he hecho a lo largo de mi vida.

—¿Y los trufas, como dicen los bibliófilos, incluyendo en ellos materiales pequeños e importantes que tengan que ver con el tema de libro?

—Sí, siempre añadido en el libro correspondiente recortes, invitaciones, artículos o noticias que tienen que ver con el autor o el tema.

—¿Y qué ordenación sigues?

—No ordeno alfabéticamente los libros sino por campos especiales del conocimiento; y luego cronológicamente. Comienzan por el principio, con las canciones de gesta, y terminan con los autores contemporáneos; debo decir que separo los estudios históricos y críticos y las antologías o las monografías *sui generis*. Tengo secciones especiales de estudios literarios, de teoría, de gramática, de lexicología.

—Los ordenas como un catálogo de editorial prestigiosa.

—En historia mexicana, aparte de la sucesión histórica, hay una división importante que consulto a menudo, y secciones especiales, por ejemplo, de temas sociales o económicos, de personajes e historiadores de la época, de estudios regionales, etcétera. Ello me permite tener junta, aproximadamente, la documentación sobre cada materia. Sin embargo, ya no me es posible en todo caso hacer esto. No tengo tanto espacio para poner junto lo que debe estarlo. Rodrigo, mi hijo, que vive conmigo, protesta; como no caben, están por lo menos cerca.

—¿Y el fondo de literatura mexicana de tu biblioteca más o menos de cuántos volúmenes consta?

—La biblioteca en conjunto debe tener 40 o 45 mil, pero la literatura mexicana acaso sea la tercera parte. Lo demás es de historia, de arte y revistas.

